

# IX CONCURSO DE RELATOS CORTOS “EUGENIO ASENSIO”

CURSO 2017-2018

TERCER PREMIO

CATEGORÍA B

Salomé Nuñez

Sección internacional española

Toulouse, Francia

Madrid, febrero de 1942

## **El jardín de piedra**

Al final de la callejuela, se podía distinguir en la brumosa opaca de la noche una pequeña puerta de madera hinchada y podrida que chirriaba cada vez que la abría. La calle estaba totalmente desierta, como siempre, y la nieve caía lentamente, borrando las huellas de los pocos que habían tenido la valentía de salir de casa, y se acumulaba suavemente en los techos de las casas.

No se oía más que el rumor del viento, y, helada, apreté contra mí el abrigo, apresurando el paso. Sin pensarlo más, empujé la puerta con dificultad y me lancé hacia la oscuridad cavernosa del estrecho pasillo de piedras rugosas y húmedas.

No era la primera vez que venía allí, pero cada vez que empujaba la pequeña puerta que soltaba un chirrido agudo, mi corazón se llenaba siempre de una brumosa ansiedad, como si los tesoros que escondía detrás de su podrida y amarga fachada fueran solo frutos de la imaginación, como si lo único que iba a encontrar detrás fuera solo un túnel que se prolongaba indefinidamente en las entrañas vibrantes de la tierra.

Cada uno de mis pasos rompía con brutalidad el profundo silencio casi religioso que reinaba en aquel sitio, removiendo una cantidad de polvo que parecían lentejuelas a

la luz escasa de la noche, que provenía del cuadro luminoso de una pequeña ventana, rodeándome de una nube mágica.

El olor fétido de encerrado ocupaba mi mente, me costaba avanzar , y no sabía dónde ponía los pies, cuando por fin llegué al final del camino, con los huesos helados.

Me detuve unos segundos, petrificada, para que penetrara aquel hechizo en mí.

Delante de mis ojos, estaban amontonados de manera desordenada centenares de objetos cubiertos por telas blancas, disimulados a los ojos de la tierra.

Arranqué con precipitación una de dichas telas que cubrían aquellas sombras deformes que me hacían frente, como un ejército atrapado en el tiempo y devorado por las telas de arañas.

Allí, una estatua que me contemplaba con una mirada glacial y severa agarrando con fuerza a un niño. Allá, un soldado romano de cera que apretaba una lanza dorada, frente a una momia aspirada en un eterno descanso. Justo al lado, un león, con los ojos brillantes de ferocidad, que parecía que podía saltarme encima en cualquier momento.

Todos estos personajes recobraban vida gracias a mi imaginación, en aquella noche envuelta de misterio y encanto.

Allí residía mi segunda casa, donde me refugiaba cuando la vida exterior era demasiado difícil, cuando tenía que pensar en otra cosa y vaciarme la cabeza de las imágenes que me perseguían. Era en este sitio donde me refugiaba, en compañía de mis amigos de piedra, y siempre el aire se llenaba de pesadez y me sofocaba cada vez que llegaba la hora de irme y de abandonar mi jardín secreto después de unos días de torpeza pasados en este lugar.

Allí, perdía la noción del tiempo, sumergida en los meandros de la imaginación, y no me importaba, en el fondo, porque fuera, nadie me esperaba.

Cuando volvía el aburrimiento y mis amigos ya no eran suficientes para colmarlo, los antiguos recuerdos, estos demonios que te roen hasta la médula de los huesos, me asaltaban, cada vez más fuertes. Rememoraba la vida de antes, el sol caliente que te

quemaba la piel, la bonita casa de granito carcomido que atormentaba cada uno mis sueños. A pesar de tanto tiempo que había pasado, me acordaba de todo hasta los últimos detalles, de la pequeña puerta verde cubierta de hiedra que llevaba al sótano, pasando por este impresionante pozo que me asustaba tanto, hasta el inmenso jardín que parecía infinito.

Me acuerdo sobre todo de todas estas tardes pasadas con mi hermana, jugando en el jardín, este prado lleno de saltamontes e invadido por las altas hierbas que proliferaban desde hacía años.

Aquel sitio era como un verdadero bosque para mí : nos adentrábamos cada vez más lejos, y echábamos carreras locas para ver cuál de las dos iba más rápido.

Al final de este jardín encantado, pasando por un estrecho camino de granito, se encontraba la estatua de un niño agarrando una jarra.

Gracias a un sistema de cables demasiado complicado para explicarlo aquí, se podía, con un pomo escondido debajo de las ramas entrelazadas, enviar un largo chorro de agua.

Al lado de la estatua, se encontraba un sauce llorón, un árbol majestuoso, que había visto en una de las enciclopedias del museo y que, lo sé ahora, se convirtió en mi árbol favorito. Era allí donde nos escondíamos mi hermana y yo; era nuestro escondite, tramando alguna jugarreta.

Cada vez que tenía la mala idea de pasar por allí, ella tenía la manía de poner el marcha el chorro de agua, antes de huir, muerta de risa, dejándome sola y empapada en medio del camino.

Cerca de allí se encontraba un avellano. Solíamos ir allí a menudo, mi abuelo y yo, felices, con un cascanueces en las manos, en busca de esas pequeñas frutas disimuladas bajo los montículos de hojas.

Incluso a veces lográbamos encontrar fresas del bosque entre las raíces de las viñas, y su gusto, a la vez dulce y ácido, era como una explosión de sabores, tan diferentes de mis actuales platos a base de pan y cebolla.

Cuando las bolsas estaban llenas de avellanas y las espaldas cansadas, volvíamos a casa, orgullosos de nuestro botín que acabábamos de recoger, y empezaba el momento favorito del día : con mi hermana nos sentábamos en el salón, en esos gruesos sofás de terciopelo, llenos de cojines blandos en los que nos hundíamos, y el abuelo nos contaba historias maravillosas.

A veces incluso nos dejaba ver unas antiguas fotos llenas de polvo que se habían puesto amarillas con el paso del tiempo: en algunas de ellas se veían a nuestros padres vestidos de rojo, desfilando por las calles de Madrid llenas de banderas violetas, amarillas y rojas.

Así pasaban las tardes, cuando me dejaba llevar por los caminos de la imaginación, dando vueltas con nostalgia a antiguos recuerdos, y navegando por los laberintos de mi memoria.

Volví de repente a la realidad, tan precipitadamente como había llegado el recuerdo. Aturdida, eché un rápido vistazo a mi alrededor. Evidentemente, nadie se había movido, todos estaban en el mismo sitio. Luego, trasladé mi atención a un álbum de hojas de árboles que residía extrañamente a mi lado.

Me acerqué, en una oleada de curiosidad: no me acordaba haberlo visto antes. Me quedé de piedra cuando vi que el álbum estaba abierto en una página bien específica.

Pegada con celo, envejecida y amarillenta por el paso del tiempo, estaba la hoja arrugada de un sauce llorón.

La contemplé unos minutos, totalmente petrificada, y, como poseída por un espíritu ajeno, arranqué rápidamente la hoja del álbum, y la puse delicadamente en el bolsillo, como un vestigio del pasado, como un recuerdo grabado en mí.